

J. A. MITCHELL

El último  
americano



EDICIONES OBELISCO

Si este libro le ha interesado y desea que le mantengamos informado de nuestras publicaciones, escríbanos indicándonos qué temas son de su interés (Astrología, Autoayuda, Psicología, Artes Marciales, Naturismo, Espiritualidad, Tradición...) y gustosamente le complaceremos.

Puede consultar nuestro catálogo en [www.edicionesobelisco.com](http://www.edicionesobelisco.com)

**Colección Ciencia-ficción**

EL ÚLTIMO AMERICANO

*J. A. Mitchell*

1.ª edición: febrero de 2023

Título original: *The Last American*

Traducción: *Paco Arellano*

Corrección: *TsEdi, Teleservicios Editoriales, S. L.*

Diseño de cubierta: *Enrique Iborra*

Ilustraciones: *J. A. Mitchell & F. W. Read*

© 2023, Ediciones Obelisco, S. L.

(Reservados los derechos para la presente edición)

Edita: Ediciones Obelisco, S. L.

Collita, 23-25. Pol. Ind. Molí de la Bastida

08191 Rubí - Barcelona - España

Tel. 93 309 85 25

E-mail: [info@edicionesobelisco.com](mailto:info@edicionesobelisco.com)

ISBN: 978-84-9111-952-4

Depósito Legal: B-18.780-2022

*Printed in India*

Reservados todos los derechos. Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada, transmitida o utilizada en manera alguna por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación o electrográfico, sin el previo consentimiento por escrito del editor.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

# Índice

|  |    |
|--|----|
| Sobre J. A. Mitchell y <i>El último americano</i><br>y otras fantasías de ciudades en ruinas . . . . . | 9  |
| Unas pocas palabras de HEDFUL . . . . .  | 17 |
| <i>10 de mayo</i> . . . . .  | 21 |
| <i>11 de mayo</i> . . . . .  | 23 |
| <i>12 de mayo</i> . . . . .  | 24 |
| <i>13 de mayo</i> . . . . .  | 36 |
| <i>14 de mayo</i> . . . . .  | 42 |
| <i>15 de mayo</i> . . . . .  | 45 |
| <i>16 de mayo</i> . . . . .  | 47 |
| <i>17 de mayo</i> . . . . .  | 53 |
| <i>18 de mayo</i> . . . . .  | 59 |
| <i>19 de mayo</i> . . . . .  | 61 |
| <i>20 de mayo</i> . . . . .  | 64 |
| <i>21 de mayo</i> . . . . .  | 65 |
| <i>16 de junio</i> . . . . .   | 66 |
| <i>20 de junio</i> . . . . .   | 68 |
| <i>2 de julio</i> . . . . .  | 75 |
| <i>3 de julio</i> . . . . .  | 76 |
| <i>4 de julio</i> . . . . .  | 78 |
| <i>7 de julio</i> . . . . .  | 92 |

*Un fragmento del diario de KHAN-LI,  
príncipe de Dymph-yoo-chur y almirante de la Armada persa*

Presentado por J. A. MITCHELL

*Este volumen está dedicado a los considerados persas  
que lean esta advertencia sobre el repentino ascenso  
y la rápida extinción de un pueblo estúpido.*

## Sobre J. A. Mitchell y *El último americano* y otras fantasías de ciudades en ruinas

John Ames Mitchell (Nueva York, 17 de enero de 1845-Ridgefield, Connecticut, 19 de junio de 1918), que también firmaba sus obras como J. A. Mitchell, es recordado hoy en día, más que como novelista, como creador de la prestigiosa revista *Life* junto con Andrew Miller en 1883. Mitchell estudió arquitectura en Harvard y en la École Nationale Supérieure des Beaux-Arts de París. Desempeñó el cargo de presidente de *Life* hasta su muerte, y la convirtió en una revista muy influyente en su época donde, además de publicar artículos de contenido político y social, dio la oportunidad de lucirse a buen número de escritores e ilustradores de la época, entre los que destaca especialmente Charles Dana Gibson, creador de la conocida «Chica Gibson», un icono de la mujer estadounidense y del ideal femenino de belleza de su época. Mitchell, residente en Ridgefield, Connecticut, fundó, junto con Horace Greely, del *New York Herald Tribune*, la Fresh Air Fund, que durante bastante años estuvo encargada de dirigir el campamento Life Fresh Air para muchachos de ciudad en el lugar donde hoy se encuentra la Escuela Branchville en Ridgefield, la ciudad donde vivía Mitchell. Años después de la muerte de Mitchell, la revista *Life* fue vendida a Henry Luce, también residente en Ridgefield.

Las oficinas centrales de la revista en tiempos de Mitchell se encontraban en el Herald Square Hotel de Nueva York, un regalo que Charles Dana Gibson le hizo a Mitchell como reconocimiento al hombre que le ayudó a desarrollar su potencial artístico. Mitchell falleció en 1918 y fue enterrado en el cementerio Fairlawn de Ridgefield. Quizás su obra más conocida sea *Amos Judd* (1895), que fue trasladada a la pantalla como *The Young Rajah* (1922, dirigida por Phil Rosen), aunque escribió media docena de novelas y publicó un par de antologías de relatos.<sup>1</sup>

Lo fantástico forma una parte importante de la obra de Mitchell y es algo que ya se nota desde su primera obra publicada, *The Romance of the Moon*, una fantasía para niños. John Clute (en *The Encyclopedia of Science Fiction*) nos dice que «Life's Fairy Tales es una recopilación de magníficas historias que rozan la brutalidad más descarnada sin alcanzarla plenamente en ninguna ocasión. La historia que da título al volumen, *That First Affair and Other Sketches*, es un cuento de Adán y Eva; *Gloria Victis* (publicada más tarde como *Dr. Thorne's Idea*) es una fantasía religiosa en la que Cristo resucita como víctima de un asesinato en el siglo XIX, obra muy característica de su producción fantástica». Su última novela, *Drowsy*, viene a ser una historia sentimental en la que un joven con poderes telepáticos acaba convirtiéndose en un prototipo de superhombre que descubre la antigra-

---

1. La bibliografía de Mitchell la componen las siguientes obras: *The Romance of the Moon* (suelto, 1886); *The Last American: A Fragment from the Journal of Khan-Li, Prince of Dimph-Yoo-Chur and Admiral in the Persian Navy* (suelto, 1889; una segunda edición extendida apareció con el mismo título en 1902); *Life's Fairy Tales* (antología de cuentos aparecidos antes en *Life*, 1892); *Amos Judd* (1895); *That First Affair and Other Sketches* (antología de textos publicados en *Life*, 1896); *Gloria Victis* (novela, 1897); *Dr Thorne's Idea* (novela, 1910; publicada originalmente como *Gloria Victis*, 1897); *The Villa Claudia* (novela, 1904); *The Silent War* (novela, 1906); *Drowsy* (novela, 1917).

dad y que, gracias a este descubrimiento, construye una nave que le permite viajar a la Luna y Marte, planeta que está habitado por una raza de humanoides a la que pertenece su amada. Un cuento de amor con final feliz. Mitchell, un hombre no muy versado en temas científicos, elude constantemente hacer referencia a las investigaciones de Drowsy, su protagonista. Lo más interesante de esta obra, como nos recuerda cualquiera que la haya leído, son las magníficas ilustraciones de Angus Peter Macdonall (con frostipicios del autor), que, según E. F. Bleiler en *Science Fiction: The Early Years*, «anticipan a [Chesley] Bonestell [el magnífico ilustrador de paisajes espaciales basados en la más verosímil realidad] y que son mucho más interesantes que el texto».

Pese a todo lo anterior, la obra más importante de Mitchell sigue siendo *The Last American*. La novela que estás a punto de leer es un relato de viajes a un mundo perdido, algo muy frecuente en la literatura de anticipación de todos los tiempos. El lugar escogido por el autor de turno puede ser un lugar desconocido olvidado por el paso del tiempo (el caso del presente libro) o la descripción de un mundo inexistente reflejo del actual, pero con toques de paraíso (el caso de cualquiera de las muchas utopías de se escribieron antes y después de esta obra). Mitchell, naturalmente, no es el primero en enviar viajeros a recorrer las calles de ciudades que en sus tiempos fueron la cima del mundo..., pero tampoco será el último. Tampoco es original su idea de que los viajeros que van en busca de las maravillas del pasado pertenezcan a países con muy poca importancia en su tiempo pero que, en ese futuro donde las ciudades ya se han venido abajo por el inexorable paso del tiempo, han alcanzado la cumbre del poder.

Resumiendo muchísimo la historia, y sin riesgo de destriparla para disfrute de sus lectores, diremos que *El último americano* describe el viaje de una flotilla al mando de Khan-li,

príncipe de Dimph-yoo-chur y almirante de la Armada persa, que en el siglo xxx viaja hasta Méhrika para visitar la despoblada ciudad de Nhu-Yok. Todo ha sido devastado por la hambruna y un cambio climático *avant la lettre*. La novela nos describe la llegada a Méhrika, el descubrimiento de las ruinas de la ciudad, los diversos recorridos que por ella hacen, el avistamiento de diversos monumentos (entre los que destaca el de la estatua de la Libertad), el hallazgo de un mapa que les permite llegar a Washington y el encuentro final con el último americano.

Hay que suponer que Mitchell, que estudió en París y que, por ello mismo, debía tener amplios conocimientos del idioma gallo, era conocedor de dos obras bastante populares en Francia y que trataban este mismo tema de las ciudades hundidas bajo el peso de los años. La primera de ellas, como no podía ser de otra manera, tendría que ser la de Louis-Sébastien Mercier (1740-1814), *L'an deux mille quatre cent quarante* (1771), que parece ser la primera obra de este mismo estilo conjetural, como vendría más o menos a decir Pierre Versins en su enorme *Encyclopédie de l'utopie et de Science Fiction* (1972). Mercier no era un recién llegado a la narrativa de anticipación, pues antes de este *L'an 2440* ya había publicado *L'homme sauvage* (en 1767) y *Songes d'un hermite* (en 1770), aunque ambas obras sin nombre de autor. Los *songes* (sueños) son versiones claramente comprensibles de alegorías sobre historias y personajes de su tiempo. Ninguno de estos sueños tenía nombre y podríamos decir, siguiendo a Versins, que los que hacen los números 3, 8, 12, 29 y 36 son claramente anticipativos: el tercero es una descripción de Mercurio, donde sólo viven los simios, y el octavo nos habla de un hombre capaz de leer los pensamientos de los demás con ayuda de unas gafas especiales. En el sueño número 12, convertido el autor en general, recibe el apoyo de un conjunto de investigadores que le facilitan un arma que permite electrocutar



por completo y a la vez a todo el ejército enemigo. El sueño 29 es una distopía en la que nos habla de una isla en la que se le extrae la sangre a todo el mundo para alimentar a los Grandes con ella. El último sueño describe el descubrimiento de la piedra filosofal. Aparecida igualmente sin nombre de su autor, *L'an deux mille quatre cent quarante* fue la novela que inauguró la larguísima serie que, hasta nuestros días, nos relata la historia de un mundo situado en el futuro del autor de ésta. El autor, que duerme durante setecientos años, descubre que al despertar las cosas han cambiado, pero muy poco con respecto a su época. Lo primero, en el terreno de lo político, es que la monarquía francesa sigue en el poder y que sigue siendo hereditaria. Se encuentra con que se siguen pagando impuestos, aunque muy reducidos y sólo de manera voluntaria. Ve que hay carreteras magníficas, pero que los vehículos son todavía conducidos por caballos.

En cuanto a los criminales, ni siquiera son encadenados y mueren en el arrepentimiento. Y lo más importante, nos encontramos con una descripción de las ruinas de Versalles. Primer viaje al futuro para encontrarnos con las ruinas de un pasado glorioso.

Algo más parecido a nuestro último americano podría ser la obra de Alfred-Louis-Auguste Franklin (1830-?) *Les ruines de Paris en 4908* (1875; *Las ruinas de París en 4908*). Que sepamos, no hay ninguna otra obra de ficción de Franklin, pero ésta se acerca muchísimo a la novela de Mitchell. En el año que da título a la novela, 4908, Noumea, nuevo centro de la civilización, envía una expedición a recorrer un París destruido. Lejos de hacer una investigación científica multidisciplinar (que diríamos ahora), los investigadores se dedican a rebuscar en el pasado y a interpretarlo todo de la peor manera posible. Confunden documentos y fechas, nombres y situaciones... Crean el caos donde hubo orden. Según Versins, en la obra citada, y

puesto que nosotros no llegamos a tanto, ya hubo un tal A. Bonnardot que en 1859 (en la novela titulada *Archéopolis*) viene a hacer un poco lo mismo, al igual que unos años después, Edmond Haracourt hará otro tanto en *La traversée de Paris* (1904).

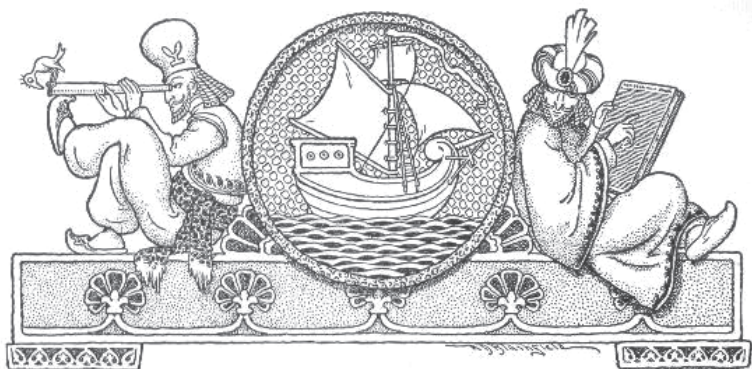
Según John Clute en su ya citada *Encyclopedia*, Edgar Allan Poe también practicó este curioso subtema de la anticipación en su relato «Mellonta Tauta» (1849). La verdad es que citamos la referencia sin estar muy de acuerdo con lo dicho por Clute: la única forma de que esto encajara sería admitir como ruinas los recuerdos del personaje de la novela que el día 1 de abril de 2848 viaja en un globo de recorrido transatlántico. En un extraño batiburrillo de fechas, hechos, datos y falacias de toda índole tenemos una visión distorsionada del pasado y una muy deforme de un futuro que apenas se nos anticipa.

Más relacionados con este tema de las ciudades visitadas tras su fractura podrían ser dos relatos escritos por autores españoles. Nos referimos a Angel Ganivet y a Nilo María Fabra. El primero de ellos, Ganivet, nos describe, en «Las ruinas de Granada» (1899), una ciudad destruida por un cataclismo y donde los aventurados viajeros encuentran una sima llena de momias en diversas posturas y sobre las que se permiten especular. El otro autor, Fabra, catalán y periodista por más señas, nos describe en su «El dragón de Montesa o los rectos juicios de la posteridad» (1895) un mundo futuro donde Madrid está cubierta por los hielos de una nueva glaciación y unos investigadores del más remoto porvenir descubren, atesoran y valoran los restos de nuestra civilización, arrastrada por los mil y un desastres (entre otros no menos catastróficos, una enorme variación del eje terrestre) que el paso del tiempo ha vertido sobre el mundo y la humanidad dejándola convertida, en palabras de Fabra, «de 1 400 millones de seres humanos que poblaban la Tierra [...] a unas cuantas tribus nómadas semisalvajes e ignorantes de la ci-

vilización europea, que habitaban las elevadas mesetas de la gran cordillera asiática».

El género se ha extendido, naturalmente, y hay muchas alusiones a este tipo de ofertas culturales del futuro basadas sobre un presente que se ha deteriorado. Sin ir más lejos, y sin ahondar mucho, recordemos el mundo que encuentran al salir de los subterráneos en los que viven en la novela de George Clayton Johnson y William F. Nolan *Logan's Run* (1967; *La fuga de Logan*, 1976) o en todas las ciudades y localizaciones en ruinas en mejor o peor estado que encuentran a su paso los protagonistas de la novela de L. Ron Hubbard *Battlefield Earth: A Saga of the Year 3000* (1982; *Campo de batalla la Tierra*, 1985). Además, un magnífico experimento en televisión, la serie *Life after People* (*La Tierra sin el hombre*, varias temporadas), nos ha mostrado el paso a paso de ese deterioro, desde la destrucción de los grandes edificios y obras públicas de la Humanidad hasta el de los más simples objetos de la vida cotidiana. Al final, de nosotros no quedará sino el polvo. Lo que nos puede llevar al tema de las civilizaciones desaparecidas y tragadas por los océanos, los cataclismos, la simple deriva continental, el choque con otros mundos... Sobre esas civilizaciones podemos soñar cuanto nos apetezca, pero sin perder el norte de la realidad: los egipcios no contaban con máquinas antigraavitatorias para construir las pirámides, por mucho que sería más divertida esa idea. Ya sabemos que hay otros mundos y que están en éste, pero no olvidemos que hay muchos otros mundos en nuestro interior.

PACO ARELLANO



## Unas pocas palabras de HEDFUL<sup>1</sup>

También llamado «El Eje de la Sabiduría»

Conservador del Museo Imperial de Shiraz.

Autor de *La conquista celestial de Kaly-for-n-ya*  
y de *La Méhrika del Norte bajo la dinastía de los Hy-Bernyan*.

Los sorprendentes descubrimientos de Khan-li de Dimpg-yoo-chur han aportado una nueva luz sobre la vida doméstica de los mehrikanos. Cuando posó su mirada sobre aquel continente olvidado, no se dio cuenta de momento del servicio que estaba a punto de prestar a la historia, ni el entusiasmo que sus descubrimientos iban a suscitar entre los arqueólogos persas.

Todo estudiante de arqueología está familiarizado con estos hechos.

---

1. *Hedful*: Posiblemente de *head full*, «cabeza llena». Lo contrario en un sentido literal de «cabeza hueca». (*N. del T.*)

Sin embargo, para el beneficio de los que todavía deben adquirir algún conocimiento sobre estas gentes extraordinarias, aconsejo comenzar con una visita al Museo de Teherán a fin de avivar su interés por estos temas, visita que será seguida por la lectura de libros del estilo de *Lo que constatamos al oeste*, de Nōfūhl, y la *Historia de los mehrikanos*, de Nōz-yt-ahl.<sup>2</sup> Este último es una historia completa y fiable de aquel pueblo, y abarca desde el principio de la república bajo el mandato de George-wash-yn-tun hasta el año 1990, en que su país dejó de existir como nación. Debo decir, no obstante, que sobre el tema del período comprendido entre la matanza de los protestantes en 1927 y los excesos de la dinastía Murfey en 1940, Nōz-yt-ahl deja al lector bastante confuso.



Como muchos historiadores, defiende la opinión de que los mehrikanos eran una raza bastarda, desprovista de patriotismo —o al menos con muy poco— y puramente imitativos, lo que es más que una simple exageración de otras nacionalidades de la misma época. Los describe como personas muy superficiales, extravagantes y nerviosas, y les concede pocas circunstancias atenuantes. Y todo ello es cierto, naturalmente; sin embargo, siempre han sido un interesante tema de estudio debido a su rápido desarrollo, su considerable número, su maravilloso genio mecánico, así como por su brutal y casi inexplicable desaparición.

La riqueza, el lujo y el declive gradual de la población indígena, las aterradoras alteraciones climáticas que barrieron su país como una guadaña, la rápida transformación de un vasto

---

2. *Nōz-yt-ahl*: Posiblemente de las palabras *nosey* (husmeador) y *tall* (alto, grande). En resumidas cuentas, «Gran Husmeador». (*N. del T.*)

continente atestado con millones de personas ávidas de placer en un desierto silencioso sembrado de cientos de poblaciones en las que el Sol y la Luna posan por turno sus miradas..., cosas todas ellas que Nōz-yt-ahl reconstruye con fuerza y precisión.

ÉSTA ES LA VERDAD.  
ES UNA PÍLDORA AMARGA,  
PERO UNA EDIFICANTE DEMOSTRACIÓN.



A BORDO DEL ZLÖTUHB<sup>3</sup> EN EL AÑO 2951

## *10 de mayo*

—¡Tierra a la vista!

Grip-til-lah fue el primero en verla, y cuando gritó la noticia, mi corazón se embolsó bajo los efectos de la alegría. La hambrienta tripulación olvidó los estómagos desesperadamente vacíos y empezó a bailar en el puente. ¡En verdad, no era yo quien se lo censuraría! Un mes de soledad en un mar pesado y vacío puede dar paso a cualquier locura. Solo Nōfūhl<sup>4</sup> dejó de manifestar algún entusiasmo. El corazón del anciano parecía muerto.

Podíamos distinguir la costa claramente, una taciturna banda de tierra a lo largo del horizonte occidental. Soplabla un

---

3. *Zlōtuhb*: Lo más seguro que sea una derivación de *slow tub* (bañera lenta). (*N. del T.*)

4. *Nōfūhl*: Dos opciones, a cuál mejor: o bien de *no-full* (no lleno, literalmente; falto de entusiasmo); pero también es posible que *no-fool* (no loco; cuerdo). (*N. del T.*)

viento suave del noreste, pero nosotros permanecemos cruelmente varados, pues el Zlōtuhb es un barco pesado al que su proa maciza y su voluminoso calado hacen poco apto para la velocidad.

Al acercarnos a tierra vimos que parecía cubierta de árboles; las blancas rompientes ante una playa amarilla eran como si nos diesen la bienvenida.







## *11 de mayo*

Al mediodía descubrimos un puerto excelente y allí echamos el ancla. Grip-til-lah piensa que hemos alcanzado una de las islas mencionadas por Ben-a-Bout. Nōfūhl, sin embargo, está convencido de que nos hallamos más al norte.



## *12 de mayo*

¡Qué cambio en Nōfūhl! Ahora es el hombre más joven de a bordo. Compartimos todo su placer, pues los descubrimientos que hemos hecho son realmente maravillosos. Esta mañana, mientras todavía estaba en mi litera, se ha precipitado en mi camarote y, olvidando la diferencia de graduaciones que hay entre nosotros, me ha tomado por el brazo para intentar sacarme de la cama. La excitación le había dominado hasta tal punto que apenas podía entender el significado de sus palabras. Apremiándome para que le siguiera, me quedé estupefacto al ver cómo sus viejas piernas podían transportar a un hombre a tanta velocidad. Se lanzó por la estrecha escalera como un toro en celo y, por viejo que fuese, iba tan deprisa que fui incapaz de seguirle.

¡Pero qué visión me esperaba cuando alcancé el puente! Ayer no pudimos ver nada, pues las tinieblas del crepúsculo se cerraban ya sobre nosotros cuando lanzamos el ancla.

Delante de nuestra posición, en el centro de la bahía, se alzaba una gigantesca estatua que tenía varias veces la altura de los mástiles de nuestra nave. Surgiendo por detrás de aquella estructura, el río sobre cuyas aguas flotábamos mostraba su super-

ficie brillante bajo el sol naciente. Con los dedos vibrantes de excitación, Nōfūhl nos indicaba el este, allí donde se alzaban los vestigios de una ciudad que parecía no tener fin. Se adentraba tierra adentro, más allá de donde podía llegar nuestra vista. A la derecha, un río más pequeño bañaba el pie de dos edificios colosales que se alzaban en los aires. De pie, como hermanos gemelos, parecían los guardianes de las calles desiertas que se extendían a sus plantas. Ningún sonido llegaba hasta nosotros..., ningún objeto flotante turbaba la superficie de las aguas. Aquello parecía sumido en su totalidad en el sueño de la Muerte.

Yo estaba loco de sorpresa.

Mientras mirábamos, un extraño pájaro parecido a una garza apareció de entre los pies de la gigantesca figura y voló hacia la ciudad lanzando un ronco graznido.

—¿Qué significa todo esto? —exclamé con una voz que era casi un sollozo—. ¿Dónde estamos?

—¿Dónde, en efecto? —declaró Nōfūhl—. ¡Si lo supiera, oh, príncipe, podría deducir todo lo demás! Ningún viajero ha mencionado nunca estas ruinas. La historia persa no cuenta con ningún informe relativo a estas gentes. Alá ha decidido que debíamos descubrir un mundo perdido.

Menos de una hora más tarde, habíamos desembarcado y recorríamos una antigua avenida, cuyas aceras estaban cubiertas de malas hierbas y de flores, salvajemente entremezcladas en un total desorden. Árboles, enormes y de una gran antigüedad, pasaban sus miembros a través de techos y ventanas produciendo una deprimente sensación. Sin embargo, procuraban una sombra bienvenida, pues nuestra estancia en tierra era como estar en un insostenible horno. Las curiosas construcciones que nos rodeaban por todas partes estaban maravillosamente conservadas y, en muchas de ellas, aún subsistían las placas de vidrio en los marcos metálicos de sus ventanas.



### LA CIUDAD DE LAS RUINAS

Nōfuhl y yo vagamos entre la espesa hierba, encantados por el extraño decorado y emocionados por nuestros descubrimientos. La claridad del Sol resultaba cegadora, los pájaros cantaban por doquier entre las ruinas animadas por extrañas flores salvajes. No tardamos en encontrarnos en lo que en otros tiempos fuera una plaza pública, convertida ahora en su mayor parte en un umbrío bosquecillo.<sup>5</sup>

Tras sentarnos en los restos de una cornisa, contemplamos las construcciones que se alzaban a nuestro alrededor, y cuando le pregunté a Nōfuhl si tenía idea alguna del lugar en que nos encontrábamos, me replicó:

—Todavía no. La arquitectura es muy semejante a la de la antigua Europa, pero eso no quiere decir nada.

Bromeando, le dije:

---

5. Investigaciones posteriores han identificado ese lugar como la plaza del Ayuntamiento.



«PRONTO NOS ENCONTRAMOS EN LO QUE UNA VEZ FUE  
UNA PLAZA PÚBLICA»

—¡Que esto nos enseñe la locura de la excesiva sabiduría, oh, Nōfūhl! ¡Quién entre tus alumnos del Colegio Imperial de Ispahán se atrevería a creer que su venerable maestro de historia y lenguas podría visitar la ciudad más grande del mundo sin saber apenas unas cuantas cosas sobre ella!

—Tus palabras son sabias, mi príncipe —respondió—. De hecho, pocos niños podrían saber aún menos que yo.

Cuando dejamos aquel bosque, mis ojos dieron con un bloque invertido que parecía poseer cierto significado. Estaba tumbado a nuestros pies, en parte recubierto por altas hierbas tras caer desde las columnas que antaño lo sostuvieron. Sobre su superficie estaban inscritos extraños caracteres en altorrelieve, tan claros y legibles como en la época en que fueron labrados, diez siglos antes de nuestra llegada. Llamé la atención de Nōfūhl al respecto y nos inclinamos sobre ellos, casi al acecho.

Se podía leer:

#### ASTOR HOUSE

—La inscripción está en inglés antiguo —dijo—. *House* se traduce por «casa», pero no sé lo que significa la palabra *Astor*. Probablemente, el nombre de una deidad de la que esto era su templo.

Animados por aquello, observamos a nuestro alrededor con impaciencia, buscando otras señales.

Nuestros pasos pronto nos condujeron a otra avenida y, según andábamos, expresé mi sorpresa ante la maravillosa conservación del trabajo de cantería sobre unas piedras que parecían haber sido talladas el día anterior.

—En una atmósfera como ésta, la degradación es lenta —declaró Nōfūhl—. Al menos mil años han transcurrido desde que estas casas estuvieron ocupadas. Tomad, por ejemplo, aquel

roble: el árbol tiene por lo menos cien años, y sabemos por la importancia de los escombros que hay a sus pies los muchos siglos que han pasado para que su nacimiento fuese posible.

Dejó de hablar. Sus ojos se habían clavado en una inscripción en el vano de una puerta, oculta en parte por una de las ramas del roble.

Volviendo repentinamente sobre mí una mirada de triunfo, exclamó:

—¡Ahí está!

—¿El qué? —pregunté.

—¡La información, el indicio que buscábamos!

Señaló la inscripción:

#### NEW YORK STOCK EXC...

—¿Habéis oído hablar de Nhu-Yok, oh, mi príncipe? —preguntó con una voz trémula de alegría.

Repliqué que había oído hablar de ella en la escuela.

—¡Estamos en ella en este preciso momento! —afirmó—. Nos encontramos en el continente Occidental. ¡No es sorprendente que nuestro viaje haya durado tanto tiempo!

—¿Qué era Nhu-Yok? —pregunté. Había leído algo al respecto en la universidad, pero apenas recordaba nada—. ¿No era la capital de los antiguos mehrikanos?

—La capital no —me respondió—, pero sí su ciudad más grande. Su población alcanzó los cuatro millones de personas.

—¡Cuatro millones! —exclamé—. ¡A decir verdad, oh, Fuente de la Sabiduría, eso parece mucho para una ciudad!

—¡Es lo que dice la historia, mi príncipe! Además, como ya sabéis, nos llevará muchos días recorrer esta ciudad.

—Eso es cierto, parece no tener fin.

Nōfúhl siguió hablando:







—¡Qué extraño que una sola palabra pueda revelarnos tantas cosas! Estas estructuras de hierro, la enorme estatua en el puerto, los templos con sus altas torres, todo es como lo refiere la historia.

Y con estas palabras yo me repetía que sabía muy poco sobre los mehrikanos, sólo lo que aprendí en la universidad: un conocimiento superficial y pasajero, como el que tenía de todas aquellas personas que apenas me habían interesado.

—Sentémonos a la sombra —dijo Nōfuhl— y os hablaré de ellos.

Y así hicimos.

—Hace once siglos que las ciudades de este dormido hemisferio se disgregaron en la soledad. Su misma existencia fue olvidada. La gente que las construyó está muerta desde hace mucho tiempo, y su civilización no es más que una leyenda casi perdida. Los historiadores se sorprenden de que una nación de cien millones de habitantes haya podido desaparecer de la Tierra como una bruma, dejando tan pocos restos. Pero para los que están familiarizados con sus vidas y su personalidad no hay nada sorprendente en todo esto. No tenían nada que legar a las generaciones que los siguieron. Los mehrikanos no poseían ni literatura, ni arte, ni música que les fueran propias. Todo era prestado. Incluso las ropas que vestían eran copiadas de las creaciones de otras naciones, con una risible fidelidad. Era una raza precisa, agitada, de mente viva, ávida, dedicada en cuerpo y alma a la adquisición de riquezas. Su pasión primera era comprar y vender. Incluso las mujeres, por baja o elevada que fuese su posición, pasaban la parte principal de su tiempo haciendo negocios, mercadeando, apiñándose y empujándose en los superpoblados mercados o en las salas de ventas. Se apretujaban en los enormes centros comerciales, pues sus atuendos eran muy complicados y procurárselos les llevaba la mayor parte de su tiempo.

—¡Qué cosa más degradante! —exclamé.

—Sí, ciertamente lo era —dijo Nōfūhl—. Sin embargo, no estaban totalmente desprovistos de virtudes. Su vida doméstica era feliz. Un hombre tenía una sola esposa y la trataba como a su igual.

—¡Curioso! Pero recuerdo que eran gentes de un honor elástico.

—Eso se piensa —continuó Nōfūhl—. Su honor comercial era una broma. Eran más codiciosos de las ganancias que los turcos. La prosperidad era su dios, la astucia y la inventiva sus profetas. Su actividad frenética no podría ser comprendida por ningún persa. Este inmenso país estaba lleno de ruidosas industrias y mehrikanos agitados volando como saetas de una ciudad a otra con una inconcebible velocidad, utilizando un sistema de locomoción que apenas podemos imaginar. Existían caminos cubiertos con barras de hierro sobre las que unas casas de reducido tamaño eran impulsadas a tal velocidad que un viaje de una larga jornada se efectuaba en una hora. Enormes barcos sin velas, guiados por una fuerza misteriosa, transportaban cientos de personas a la vez hasta los lugares más apartados de la Tierra.

—¿Y todos aquellos inventos se han perdido? —pregunté.

—Sabemos muchas cosas sobre esas fuerzas —dijo Nōfūhl—, pero la manera de utilizarlas ha desaparecido. Incluso los elementos parece que fueron sus esclavos. Las ciudades se iluminaban por la noche con lunas artificiales cuyo brillo eclipsaba el de la verdadera Luna en el cielo. La utilización de dispositivos misteriosos les permitía conversar entre ellos aunque estuvieran separados por muchos días de viaje. Algunos de esos aparatos pueden verse en nuestros museos persas. Las supersticiones de nuestros antepasados han logrado que sus secretos se perdieran durante los siglos oscuros de los que, por fin, estamos despertando.



#### EN UNA CALLE DE LA CIUDAD OLVIDADA

En aquel instante oímos a lo lejos la voz de Bhoz-jā-khāz:<sup>6</sup> nuestros compañeros habían encontrado una fuente y nos llamaba.

El calor era el más fuerte que hubiéramos conocido, y aumentaba con cada hora que pasaba. Cerca del río donde comimos se estaba mejor. Sin embargo, incluso allí transpirábamos bastante. Nuestros rostros brillaban como si fuéramos peces. Queríamos seguir explorando, pero las calles eran como hornos, de modo que volvimos al Zlōtuhb.

Mientras estaba sentado en el puente, por la tarde, ocupado en consignar en el diario de a bordo los hechos de la mañana, Bhoz-jā-khāz y Ad-el-pate se me acercaron, pidiéndome permiso para tomar la chalupa y visitar la gran estatua. Nōfūhl nos informó de que en el pasado aquella estatua blandía una antor-

---

6. *Bosh*: «Tonterías»; *jackass*: «Estúpido». No muy buena definición de un personaje. (N. del T.)

cha que iluminaba la totalidad del puerto, y le pidió a Ad-el-pate que intentara descubrir cómo era engendrada aquella luz.

Volvieron al caer la noche con esta información: la estatua no era de bronce macizo, sino que estaba hueca. Nos contaron cómo habían subido hasta lo más alto de la efigie gracias a una escalera de hierro que había en su interior, y cómo desde la cúspide bajaron sus miradas hacia nosotros; cómo Ad-el-pate, en la oscuridad, se había sentado para descansar un poco en un nido de moscas con rayas amarillas y negras y que aquellas moscas le habían picado, obligando a su víctima a lanzar gritos y a bajar por las escaleras con inesperada agilidad; cómo Bhoz-jā-khāz y los demás treparon por el brazo extendido y cómo llegaron al fin hasta la misma antorcha de bronce; cómo vieron la ciudad extendiéndose a sus pies como si fuera un mapa, cubriendo el país a lo largo de millas, muy lejos de los dos márgenes del río. En cuanto a la iluminación del puerto, Bhoz-jā-khāz dijo que Nōfūhl debía de equivocarse; no había ningún vestigio de nada que hubiera valido para proporcionar claridad, ni luminarias para el aceite, ni rastros de fuego.

Nōfūhl dijo que Jā-khāz era un idiota y que tendría que ir él en persona.





LA GRAN ESTATUA EN EL PUERTO  
1902, por Frederick A. Stokes Company. Impreso en América.